

que quisiste aliviar de su peso. Restitúyesele y verás cómo vuela. Cautivemos así nuestros entendimientos, amados fieles, sujetando nuestros corazones al yugo suavísimo de la ley de Jesús; dilatemos con la santidad de nuestras costumbres su dulce imperio sobre la tierra, y el santo apóstol de las Españas nos hará participantes de su corona en el cielo. Amen.

SERMON

DE SAN SEBASTIAN.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Jubilate Deo omnis terra ; servite Domino in lætitia.
Alabad á Dios, pueblos de la tierra : servid al Señor con alegría.
Salmo 99. v. 1.

Ahí teneis en san Sebastian, héroe de vuestra devocion, á un cortesano del cielo que habiendo sido hombre como nosotros, se santificó en medio del bullicio de un mundo lleno de simulacion y de artificios : á un santo admirable en los afanes y ocupaciones de la vida militar : á un soldado noble, valeroso y discreto con todas las virtudes de los anacoretas del desierto : á un hijo predilecto de la iglesia entre los idólatras : á un mártir esclarecido que padeció y murió gloriosamente por Jesús... al que es conocido comunmente por nuestro médico celestial, por el exterminador de la peste, por el remediador de nuestros males, y [por el procurador de nuestros bienes. Ahí teneis al que eligieron vuestros padres por su patrono, por su abogado, por su protector, por su maestro y por su modelo en la fe, en la esperanza, en la caridad, en la buena vida y en las virtudes cristianas que formaron su carácter. Ahí en fin teneis al santo que os legaron vuestros ascendientes, para que siendo sus devotos tengais en él vuestro consuelo, vuestro amparo, vuestra defensa, vuestro ángel tutelar y todo lo que necesita el cristiano para ser virtuoso en la vida, justo en la muerte y santo en el cielo.

¿ Venis á celebrar su memoria con el espíritu profano que se ostenta en esas fiestas cívicas que tanto agradan á los hombres de nuestro siglo, ó con las disposiciones religiosas que tan bien

cuadran en los hijos de la gracia? Porque, amados míos, las exterioridades y risueñas apariencias que se notan en todos nosotros pueden ser efectos de un bien ó de un mal, de una virtud ó de un vicio, de una devoción laudable, ó de una impiedad nefanda. Ester era inocente y virtuosa cuando se adornaba con las insignias reales en los días de su gala, porque su corazón se elevaba hacia su Dios al mirar las grandezas de la tierra, pero Jezabel era criminal asomándose por los balcones del palacio de Samaria, porque en ello tenía miras diferentes. Salomón no fué culpable enseñando todas sus riquezas á una reina extranjera, porque por este medio quería manifestarla la protección y los beneficios del Dios de sus padres: pero Ezequías atrajo la indignación del señor sobre sí y toda su posteridad enseñando á los enviados de Babilonia todos los tesoros del templo y de su palacio, porque lo hacía por vanidad. ¿No puede acontecer otro tanto con todos los que venimos á este templo á celebrar la fiesta del glorioso san Sebastian? Pues ellos es que si en vez de venir á tributar solemnemente y religiosos cultos al Señor, venis á profanarlos con vuestras liviandades, vanidad y excesos, *mi alma aborrece vuestras solemnidades*, dice Dios por Isaías (1). *Yo convertiré en luto vuestros regocijos*, añade por el profeta Amós (2). Empero si dóciles á las inspiraciones de la fe tratáis de solemnizar la presente festividad con las debidas disposiciones, si venis á adorar á vuestro Dios en espíritu y en verdad con intención de glorificarle en su invicto mártir san Sebastian, en este caso; ó gozo inefable! Yo tengo órdenes del cielo para deciros: «alabad á Dios, honrados vecinos de este pueblo: servid al Señor con alegría» *Jubilate Deo omnis terra: servite Domino in letitia*. Hombres, mujeres y niños: rodead á vuestro san Sebastian, confiad en su protección, sed felices á su lado, aprended á ser santos en su escuela, porque con su ejemplo os enseña á tener paciencia, sufrimiento, humildad y virtud; á amar á vuestros prójimos, á cumplir con las obligaciones de vuestros respectivos estados y á dar la vida por la fe, si fuere necesario, como lo vais á ver en su admirable vida y en su preciosa muerte.

Gran Dios: vos que nos mandais honrar á vuestros santos, que os mostrais tan admirable en vuestros siervos y nos los

(1) *Isaia*, c. 1. v. 14. (2) *Amos*, c. 8. v. 10.

proponéis para que imitándolos en sus virtudes seamos sus compañeros en la gloria, concededme la gracia de hablar dignamente de san Sebastian. Que al referir los triunfos de este adalid del cristianismo se enciendan nuestros corazones en deseos de ser una misma cosa con él: para que diciendo á voz en grito que es feliz el pueblo que os tiene por su Señor, tengamos la prueba de esta verdad los que confiamos en la protección de este santo prodigioso. Os lo pedimos por la intercesión de la reina de los mártires María santísima, á quien saludamos con las palabras del ángel diciendo: *Ave Maria*.

Jubilate Deo omnis terra.

¿Con que os he dicho que san Sebastian nos enseña con su ejemplo á tener paciencia, sufrimiento, humildad y virtud? ¿Con que he añadido, que en su escuela se aprende á amar á nuestros prójimos, á ser santos en nuestros respectivos estados, y á dar la vida por Jesucristo? Pues escuchad atentamente y vereis si es así.

Nace nuestro santo en Narbona de unos padres nobles, ricos y poderosos, y casi á la entrada de su vida, y sin haber puesto apenas el pié en esta tierra de maldición, vió al mundo como lo ve un cristiano al tiempo de espirar. Vióle como un sueño que despues de haber divertido por un momento la imaginación, se disipa y desaparece de repente sin dejar tras sí mas que la inútil pena de haberle tenido por real y verdadero. Vió en la soberbia Roma, centro entónces de las grandezas humanas, lo que realmente habia en ella: *bienes aparentes y males verdaderos*: escucha dócil las inspiraciones de la gracia que le poseía: se convence de que en temer á Dios y en observar sus preceptos consiste la importancia del hombre en esta vida: se decide á huir de todo lo que pudiera ser pernicioso á su salvación, y á vivir segun las máximas evangélicas, y Dios... solo Dios es el objeto y fin de su amor, de sus ansias y deseos. ¿Irá á conversar con él al desierto como los Pablos, Antonios, Hilarios, Macarios, Arsenios y Pacomios? Se apartará del mundo resuelto á vivir en los desiertos de la Nitria ó de la Tebaida, por no ser víctima de la corrupción universal, ó por no caer bajo la cuchilla de la persecución mas atroz que ha sufrido la esposa del Cordero sin mancha? No señores: el jóven Sebastian

observa que las furias infernales colocadas en el Capitolio lanzaban decretos fulminantes contra los cristianos : que se sacrificaban millares de víctimas en todo el romano imperio : que los ídólatras se gozaban á la vista de la agonía y de la muerte de los mártires : que al grito bárbaro de : *Los cristianos á las fieras* , saltaba de gozo la muchedumbre, y que la iglesia entregada al furor de sus enemigos sostenia los mas terribles combates ; y su fe no le permite esquivar los peligros. Su caridad le inspira la resolucion de sacrificarse por los fieles en el tiempo de su afliccion , y para conseguirlo emprende la carrera militar, se hace soldado, encuentra gracia en el emperador Diocleciano como Daniel la halló delante de Nabuco, figura en la corte como una de sus principales notabilidades ; y aquí, aquí es en donde Sebastian pone cátedra de la salvacion eterna. En el mismo alcázar de la supersticion y de la idolatría da lecciones de religion y de moralidad cristiana ; se considera deudor á todos como san Pablo, y á todos atiende con el amor y solicitud de un discípulo del Dios que manda amar.

Su heróica paciencia y sufrimiento en los conflictos de la corte del Faraon mas atroz que se ha conocido : sus virtudes basadas en la humildad mas profunda ; las gracias con el magnetismo de la caridad mas acendrada hacian tan dulce y amable á san Sebastian, que puede decirse con verdad que en donde abundó el delito, sobreabundó la gracia, y que de donde salian los decretos de muerte y de proscripcion, salió el antidoto y la triaca para consolar, curar y sanar á los escogidos. Sebastian prevalido de su alta posicion política, entra en las cárceles y calabozos mas profundos en que gemian los cristianos, esperece una luz consoladora en aquellas lóbregas mansiones del horror : derrama el consuelo y la alegría en los corazones afligidos... Y ya socorriendo con limosnas á unos, ya ejercitándose en obras de misericordia con otros, animando á estos para los combates, alentando á aquellos para que no desmayasen á la vista de los suplicios y tormentos ; proporcionando la administracion de los santos sacramentos en unas partes, exponiendo y defendiendo con celo santo las doctrinas evangélicas en otras, era tenido entre los fieles por un todo para todos, por un apóstol de los confesores y de los mártires, por el Rafael que conducia á infinitos Tobías á la patria de la felicidad eterna, y por el maestro de la paciencia, del sufrimien-

to, de la humildad y de las virtudes que forman la escala del cielo.

Aun hay mas, san Sebastian no se limita á enseñar con su doctrina y ejemplo las virtudes comunes á todos los fieles. Enseña tambien á amar con heroicidad á nuestros prójimos, á ser santos en nuestros respectivos estados y á dar la vida por Jesucristo. Habiéis oído acaso algun sermon de este santo en que no se haga mencion de lo que le aconteció con los caballeros Marco y Marceliano, sus padres, sus esposas y sus hijos ? Pues yo os lo repetiré. Marco y Marceliano eran unos cristianos que habian superado gloriosamente la tortura y estaban para salir al campo á ser degollados por Jesus. Pero sus padres, sus esposas y sus hijos obtuvieron á fuerza de ruegos del juez Cromacio la gracia de que suspendiese la sentencia por treinta días. En ellos ¿qué no hicieron el mundo y el infierno combinados para hacer desistir á los santos confesores de la fe de su propósito de padecer y morir por Jesucristo ? Los padres llenos de dolor, enternecidos y con la energía del amor materno, les dirian conmovidos : « tened compasion de nosotros, hijos de nuestras entrañas, y no lleveis nuestras canas al sepulcro con la execracion y amargura de una muerte ignominiosa. ¿Qué motivos os han dado nuestros dioses para que no respeteis su divinidad omnipotente ? ¿Qué caractéres divinos encontrais en ese criminal que expió sus delitos en una cruz afrentosa, desconocido, odiado y perseguido por los poderosos, grandes y pequeños de todo nuestro pueblo ? Adorad á nuestros dioses, y todos seremos salvos.

Las esposas de los santos angustiadas, les dirian presentándoles los renuevos de su amor : si nuestra desventura es tanta que no seamos capaces de enterneceros, ¿sereis tan insensibles á la desgracia de estos vuestros hijos, que no tienen mas culpa que la de haber nacido de unos padres de peor condicion que la de los tigres y fieras mas feroces ? ¿Consentireis en que perezcamos todos por el delito de amarnos entrañablemente ? Una sola palabra vuestra puede asegurarnos la vida y librarnos de la muerte. Pronunciadla : dejad al Crucificado, y adorad á vuestros dioses inmortales. ¿Qué lance este tan difícil y apurado para aquellos dos Ulises, si un ángel no los confortara en la furiosa tempestad que los combatia ! Pero no hay cuidado : porque noticioso san Sebastian de todo lo que pasaba, vuela en las

alas de la caridad á la casa de Nicostrato, oficial del juez Cromacio, en que se representaba tan singular escena : habla el lenguaje de la gracia, y los prodigios y señales del cielo vienen en su auxilio. El mismo Jesucristo acompañado de siete ángeles se deja ver en medio de todos los circunstantes y les comunica su gracia : se acerca á san Sebastian, le da un ósculo de paz y le asegura que siempre estará con él. Viendo esta maravilla los padres, las esposas y los hijos de Marco y Marceliano, dicen á voces que quieren ser cristianos y morir por Jesucristo. Nicostrato y su mujer Zoe con treinta y tres personas de su casa y diez presos de la cárcel dicen lo mismo; todos quedaron heridos del amor divino, y la que poco ántes era la mansión del pecado y de la idolatría, es convertida en habitación de fieles ocupados en cantar himnos y salmos, y en prepararse para morir por Jesus. En esto se cumplen los treinta días concedidos á los parientes de Marco y Marceliano, y los nuevamente convertidos se presentan al tribunal de Cromacio con el valor de los mártires. Dios les da palabras para defender la verdad, dicen que tienen sed de padecer y morir por el Redentor de los hombres muerto en el Calvario; Cromacio los escucha con admiración, y Cromacio se convierte con todos los de su casa. Crece el número de los cristianos á la sombra de san Sebastian sacrificado por todos : los instruye y recomienda el divino mandato de amarse los unos á los otros, les da lecciones prácticas de amor á los prójimos, y era tal el celo fervoroso con que atendía á los fieles, que todos, todos decían á voces que querían padecer y morir por Jesucristo para ser eternamente felices con él en la gloria. Mueren efectivamente innumerables discípulos de san Sebastian, sufriendo por Jesus el mas glorioso martirio, y la iglesia se regocija, los idólatras se desesperan. Diocleciano es informado de la conducta cristiana de san Sebastian : y ¿habeis visto la ferocidad de una fiera herida por una flecha? Pues así se puso aquel emperador al saber que Sebastian era cristiano y defensor de la fe de Jesucristo.

Llevan á nuestro santo á la presencia del tirano : este irritado, colérico, lleno de rabia y desesperado le pregunta, le vuelve á preguntar, y convencido de la fe de Sebastian, le dice frenético y furioso : « ¿Eres tú el ingrato que así correspondeste á mis favores? ¿Eres el capitán infiel que se ha atrevido á introducir en mi palacio la religion del Crucificado que detesto y

persigo á fuego y sangre en todo mi imperio? La espada que he puesto en tus manos para que defiendas la gloria de los dioses ¿la empleas como traidor contra la patria ultrajada por tus vilezas? » El glorioso Atleta de Jesucristo impávido, imperturbable, respetuoso é inspirado le contesta diciendo : « No, príncipe augusto : no creo haber faltado á la gratitud ni á los deberes de la milicia siendo cristiano : al contrario, adorando á Jesucristo, le he pedido por vos y por la prosperidad de vuestro imperio. Por lo demas mi vida está en vuestras manos : podeis entregarme á los tormentos, pero sabed que moriré fiel á mi religion, y que me regocijaré de haber sido reputado por digno de padecer por ella. » Irritado mas el emperador con esta respuesta, manda furioso que se forme un batallon de su misma guardia, y que desnuden á san Sebastian; que le aten á un palo, como le representa esa su santa imágen, que sea cubierto de saetas hasta que espire en aquel tormento, y le abandonen á las fieras. Al momento fué ejecutada tan bárbara sentencia : dejan al santo empapado en su misma sangre, y de todo se da parte al emperador inicuo. Pero Dios que aun le reservaba para mas gloriosos combates, inspira á la viuda de un santo mártir, llamada Irene, que fuese á recoger de noche el santo cuerpo para darle sepultura : le recoge, se sorprende al verle con vida, le lleva con cuidado á su casa, los ángeles del cielo le curan sus heridas, y san Sebastian se halla sano, fuerte y robusto para sufrir nuevos tormentos por su Jesus adorado. Diocleciano mientras tanto publica nuevos decretos para que mueran atormentados todos los cristianos de su imperio. En Bitinia son pasados á cuchillo treinta mil : en España innumerables; en las Galias no es posible describir los horrores que se vieron en sus mártires... No, no pudo ver san Sebastian tanto exterminio en el campo del Padre celestial sin tomar parte en la pelea. Inflamado en amor de Jesucristo, se presenta en público al emperador Diocleciano, le reprende por sus crueldades, le amenaza de parte del Dios vivo, y le confunde, le aterra y deja estupefacto. El sanguinario emperador, admirado de ver á san Sebastian á quien tenia por muerto, manda que le corten la cabeza, y al momento se le dió gusto degollando al grande, al esclarecido y admirable san Sebastian, que subió entre músicas celestiales al cielo para llenar de felicidades á la tierra, para favorecer generosamente á sus devotos y para conseguir-

les las gracias necesarias para vivir en próspera y amistosa paz en este valle de lágrimas, teatro de los combates mas terribles. Subió al cielo el que hoy venerais con tanto júbilo y entusiasmo religioso, dejándonos poderosos ejemplos de paciencia, de sufrimiento, de humildad y de virtud; y aun desde la patria celestial en que mora nos enseña á amar á nuestros prójimos, á cumplir con nuestras respectivas obligaciones, y estar dispuestos y preparados para dar la vida por Jesus.

¡Ojalá que esta breve reseña de sus virtudes haya excitado en vuestros corazones deseos de imitarle, y que salgais de este santo templo dispuestos á perder ántes mil vidas que abandonar la religion de vuestros padres! Quiera el Dios de piedad y misericordia infundiros una resolucion firme de perecer ántes que veros sin el consuelo de vivir hajo la influencia vivificante de la fe de Jesucristo, ántes que mancillar vuestra profesion con el detestable borron de una vil apostasía? Resolveos pues á seguir los caminos de perfeccion evangélica que os señala san Sebastian, y muy pronto experimentaréis los efectos de aquella virtud con que en todos tiempos ha sabido hacer cesar las calamidades públicas, dando salud á los enfermos, alivio á los necesitados, socorro á los afligidos, fecundidad á los campos y ganados, y toda especie de bienes á los cuerpos y á las almas que al contemplar su preciosa vida y gloriosa muerte prurum-pen en cánticos de accion de gracias y dicen con el Salmista: « Alabad á Dios, pueblos de la tierra: servid al Señor con alegría: *Jubilare Deo omnis terra: servite Domino in lætitia.*

Y vos, santo prodigioso: haced que ninguno de este pueblo pueda decir que imploró vuestra clemencia y no la halló: que la hallen los especiales devotos que os consagran estos cultos solemnes: y pues consolaste en esta vida á tantos corazones afligidos y fuiste el firme apoyo de los cristianos, consuela los nuestros gravemente heridos con tantos males como por todas partes nos aquejan: sostened á los flacos y valientes en la fe, confortad á los que permanecen fieles y constantes en ella, y alcanzadnos á todos una resolucion firme é irrevocable de vivir y morir en esta misma fe; para que despues de haber vivido conforme á sus máximas, reglas y principios, recibamos en la muerte la recompensa que vos hallasteis en la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN SEBASTIAN.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Maximus in salutem electorum Dei.

Máximo en salvar á los escogidos de Dios.

Eclesiástico, c. 46. v. 2.

¡Con qué confianza, cristianos míos, he subido este dia á ocupar la cátedra de la verdad! Si atiendo á mis oyentes, hallo que por muchos años han conservado inviolable el depósito de la fe, y el celo de sus mayores por la iglesia y religion católica. Si considero el augusto personaje, objeto de vuestra veneracion y culto, hallo uno de aquellos gloriosos héroes del cristianismo, que abandonando con pecho apostólico su patria, su carne y sangre, sus empleos y magistraturas, lleno del Espíritu de Dios, testificó con su vida la divinidad de Jesucristo; un héroe comparable por su celo con los Elías y Finees; por su constancia con los Ignacios, Policarpos, Justinos é Ireneos; por sus trabajos á favor de la iglesia con los Cirilos, Atanasios y Crisóstomos: hablo del apóstol y padre espiritual de los santos mártires Marco, Marceliano, Cromacio, Claudio, Cástor, Victorino, Castulo, Sinfiriano, Tranquilino y Tiburcio, con otra infinidad de preciosas víctimas de la religion: hablo, para decirlo de una vez, del glorioso mártir san Sebastian, patrono de esta ilustre villa, defensor de la iglesia de Roma y abogado universal de la salud de los pueblos.

No extrañeis pues le aplique por elogio las palabras con que el Espíritu santo formó en otro tiempo el de Josué, capitan del